

La Tumba de Sargerass

Escrito por Robert Brooks

Primera parte: El destino del otro

Casi toda la nave se había esfumado. Había ardido hasta quedar en nada.

Las costillas de metal del casco, forjadas hace mucho en Lordaeron, descansaban sobre el lecho oceánico, al igual que los restos de pasajeros y tripulación. Solo algunos trozos de tela y madera chamuscada flotaban en la superficie, relucientes aún, con sus ascuas verdes chisporroteando bajo el oleaje.

Arderían durante horas. El fuego vil no se sofocaba solo con agua.

La corriente arrastró los restos a una orilla de rocas negras. A trompicones llegó una figura solitaria de piel pálida, reseca y con llagas supurantes. Se lanzó al agua y rebuscó entre los restos.

Levantó un tablón carbonizado. Lo olfateó. Dio un lengüetazo a una de las brasas, que chispeó y se apagó con un siseo. Sus ojos emitieron un brillo verde. Sonrió.

—Más... Necesito... más...

Nunca antes había probado la energía vil. Una pepita más grande llamó su atención al sur. Avanzó tambaleándose, sin separarse de la orilla. Sabía que no debía entrar en territorio de las vigías.

Le costaba recordar un día sin sentir esa necesidad. Intentó hacer memoria. ¿Hubo alguna época en la que no le faltase nada? No. Era imposible. Esos recuerdos de ir con la cabeza bien alta por Suramar, consumiendo toda la energía que quería...

... esa época anterior al exilio...

... no eran más que efímeras fantasías. Mejor así. Sería más fácil cuando hubieran desaparecido.

No necesitaba Suramar. Energía: eso era lo que necesitaba. Llevaba días sin consumir nada, salvo esa única ascua, y aquí ya quedaba poca cosa que rescatar. Eran muchos los que padecían como él. Pero había más restos del barco naufragado a más distancia de la costa, restos que supondrían un nuevo botín. Podía sentirlo. No estaba lejos. Así que continuó adelante, ignorando su agotamiento, avanzando hacia lo que fuera que lo reconcomía.

Y sabía que no sería el único que se sentiría atraído.

—Pero es mío, mío, mío, mío, mío...

Estaba ya muy cerca, llamándolo desde la costa.

Allí.

Sobre las rocas yacía un cadáver boca abajo, mecido levemente por las olas. Fuera quien fuese, había sido alguien increíblemente poderoso, pues, incluso estando muerto, su energía mágica relucía como un segundo sol.

Se deleitaría devorándola toda.

Cayó de bruces en su apuro y gateó hasta ponerse en pie. Oyó unos gritos indignados a lo lejos. Habían llegado otros. Y comerían bien, ya que había suficiente para todos. Pero primero, él.

Retiró la capa negra del cadáver. Era un orco de piel verdosa que emanaba magia oscura y mostraba unas extrañas marcas. Nunca había visto un aura tan fuerte. Con esto tendría para...

¿Días? ¿Semanas? ¿Años?

Sintió el poder que irradiaba el cadáver al acariciar el halo que lo circundaba. Era vil. Y era magnífica. Bebió con ganas.

Sintió potencia. Sintió fuego. Sintió poder.

Sintió dolor. Sintió la mano verde del cadáver ceñirse a su garganta, estrangulándolo.

Sintió miedo. El orco estaba de pie. No era un cadáver... y nunca lo había sido. Sus ojos rojos y brillantes miraron a los suyos.

—No has pagado el precio de ese poder, no como yo —dijo el orco. Sus ojos se estrecharon, y los labios se retorcieron en una sonrisa—. Pero sigue, por favor.

El exiliado gritó. Un torrente de energía vil corrupta invadió su mente. Él se alimentaba de magia, pero ahora se ahogaba en ella, bajo un océano sin fin de fuego verde. Estaba lleno a rebosar, y aun así afluía más.

Y entonces, en un instante, toda desapareció: la magia del orco, la suya... Toda drenada hasta la última gota. Solo le quedaron el vacío y la agonía.

Y, aun así, mientras se le paraba el corazón, se dijo que haría lo que fuera por volver a tener todo ese poder.

Con gesto despreocupado, Gul'dan puso fin a la existencia de aquel desdichado, dejando unos simples rastros húmedos sobre las rocas. A Gul'dan le había parecido un elfo, pero distinto de los que invadieron Draenor. Aquellos no parecían tan enfermizos.

—¿Qué era? —le preguntó a su amo.

—UN CAÍDO DE LA NOCHE. UN EXILIADO DE SURAMAR.

Había otros cerca. Huían, pero no llegaron lejos. Gul'dan alzó las manos e, instantes después, todos los caídos de la noche yacían muertos, reducidos a cáscaras marchitas. De sus cuerpos brotaron unos efluvios verdes que se arremolinaron en dirección a las palmas de Gul'dan, en cuya piel desaparecieron.

Gul'dan cerró los ojos y exhaló lentamente. Su agotamiento había remitido ligeramente, pero su satisfacción era mucho más profunda. Volvía a ser el depredador. Ojalá durase.

Se alejó de aquella orilla desprotegida caminando con pesadez. No tenía por qué ponérselo fácil a su persecutor. No se detuvo hasta haberse adentrado bien en la zona, ocultándose entre rocas y árboles baldíos.

Se sentó a descansar. —¿Es este el lugar? ¿Las Islas Abruptas? —preguntó.

—SÍ. NO TE DETENGAS.

Gul'dan odiaba cómo la voz de Kil'jaeden resonaba en su cabeza. Había invadido su mente cuando entró en este mundo, y no le había dado tregua desde entonces.

—Necesito tiempo —musitó.

—NO PUEDES PERMITÍRTELO.

Gul'dan se apoyó contra una roca. Su pacto con la Legión Ardiente le había dado poder, pero su postura era tan encorvada y retorcida como siempre. Su cuerpo mortal seguía siendo débil.

—Necesito tiempo. El archimago es más poderoso de lo que crees.

Gul'dan casi había muerto al nadar hasta la orilla sirviéndose solo de su fuerza. Si Khadgar hubiese detectado la más mínima energía vil alejándose del mercante en llamas... No lo hizo, pero ahora Gul'dan apenas si se podía tener en pie. —Tan solo necesito un momento.

—No.

Gul'dan se quedó inmóvil, recuperando el aliento.

—¿ME DESOBEDECES?

El orco bufó. Había entrado en un mundo nuevo, robado un barco, navegado por un océano desconocido, y todo ello con un rastreador implacable pisándole los talones. Gul'dan no pudo disimular la rabia en sus palabras.

—Te he demostrado mi lealtad mil veces.

—Has fallado una y otra vez. No has demostrado nada.

Gul'dan se puso en pie, ignorando su fatiga. «¿Que he fallado? ¿Yo?». No dejó traslucir sus pensamientos. Él había cumplido su parte del trato, era la Legión la que había fracasado. Todos sus planes habían quedado en nada; Mannoroth, el azote de mil mundos, había muerto en una emboscada; y Auchindoun y su considerable poder solo habían sido suyos durante un suspiro.

Incluso Archimonde había caído.

Le sobrevino un pensamiento peligroso. ¿Por qué las cosas iban a ser distintas esta vez? Gul'dan enterró hondo esa pregunta. Muy hondo.

—¿Adónde debería ir, pues? —preguntó con una voz fría como la muerte.

—VUELVE SOBRE TUS PASOS.

Gul'dan se giró y miró al océano.

—No comprendo.

—YA HAS VISITADO ESTAS ISLAS ANTES. HACE DÉCADAS. ¿NO LO PERCIBES?

—Ese no era yo —dijo Gul'dan. Una desazón helada lo embargó. Saber que ya había habido un Gul'dan que había vivido y muerto en ese mundo, esta otra línea temporal, le daba escalofríos. —No somos el mismo.

—DE SER ASÍ, NO ME SIRVES. VE AL NORTE.

La desobediencia no era una opción. De momento. Gul'dan echó a andar de nuevo, lentamente, atento a cualquier indicio de visión. Sin duda el archimago Khadgar ya habría empezado a registrar

las islas. Algunos carroñeros caídos de la noche correteaban por la zona, pero huían en cuanto sentían la presencia amenazante del brujo. Muchos se escondían en los restos de antiguos naufragios desperdigados por el litoral. Gul'dan se regodeó al pensar lo frustrante que sería para Khadgar el tener que inspeccionarlos todos. No había un cuervo a la vista, aunque en lo alto sobrevolaban buitres. Mantenían sus distancias.

—¿Qué pasó aquí? Con... el otro.

La pregunta le supo amarga, pero tenía que saberlo. Lo único que había oído —entre los gritos de los desafortunados soldados de Alianza y Horda que habían caído en sus manos en Draenor— era que el Gul'dan de esta línea temporal había ido con la primera Horda a la guerra. Lo derrotaron y lo asesinaron. Los detalles escaseaban, tal vez porque ese Gul'dan había tenido un final poco memorable, una muerte que no valía la pena volver a contar... No era una idea gratificante.

—LEVANTASTE UNA ISLA DE LAS AGUAS: THAL'DRANATH.

—¿Por orden tuya? —preguntó Gul'dan.

—NO ESTÁS AQUÍ PARA HACER PREGUNTAS. ESTÁS AQUÍ PARA VISITAR DE NUEVO ESA ISLA. HAY UN LARGO TRECHO. EN MARCHA.

Los pensamientos de Gul'dan seguían navegando aguas peligrosas. «Aquí tiene que haber algo poderoso. ¿Por qué si no querría Kil'jaeden mantenerme en la ignorancia? Puede que tenga que obedecerlo, pero no tengo por qué confiar en él», se dijo. Al fin y al cabo, si a Kil'jaeden lo llamaban «el Impostor», sería por algo.

—¿Puedo preguntar al menos qué hay en esa isla?

—LA TUMBA DE SARGERAS.

En aquel momento se hizo el silencio. Los buitres se alejaron. Los roedores desaparecieron en sus madrigueras.

Alguien se acercaba. Gul'dan se detuvo y escuchó, a la espera. Con mucho, mucho cuidado, se envolvió en poder vil, un truco sencillo pero eficaz. Para quien estuviera a más de dos pasos, Gul'dan sería invisible. Y quien se acercara más, pronto dejaría de ver cualquier cosa.

Mantuvo la vista atenta, pero su mente divagó. —¿La Tumba de Sargerass? ¿Está muerto? —susurró.

—NO ENTIENDES NADA.

Kil'jaeden había dado esa respuesta a muchas de las preguntas de Gul'dan. Ponía a prueba su paciencia cada vez que lo hacía.

Alguien se movía entre las rocas. Gul'dan lo sintió antes de verlo.

Un destello de movimiento llamó su atención. Una figura envuelta en una capa se deslizaba con pasos silenciosos sin que un solo guijarro la delatara. Entró con pie firme y confiado en una zona iluminada que hizo relucir sus hojas curvas y su armadura esmeralda. No se apreciaba ni un palmo de piel bajo su casco, pero no parecía costarle inspeccionar todo a su alrededor.

Gul'dan sonrió. Cordana Cantovil había llevado algo similar. «¿Una vigía? ¿Aquí? Muy interesante».

Se sintió tentado de emboscarla, pero se estaba desviando hacia el norte. La siguió. Si había una celadora, podría haber más. Esos caídos de la noche no habían sido gran cosa, sus esencias vitales apenas le habían aportado poder. Pero las almas de unas vigías sí merecerían el esfuerzo.

Kil'jaeden no intentó detenerlo. Y el orgullo de Gul'dan ardía en ganas de saber si su amo le concedería esa pequeña pizca de libertad.

La magia mantuvo oculto a Gul'dan mientras corría tras la vigía. Dos veces tuvo que detenerse cuando esta cambió de dirección, desviándose en patrones irregulares para acabar volviendo a su rumbo original. Buscaba algo. ¿A él? No era probable. Muy idiota habría que ser para ir tras Gul'dan en solitario. Incluso Khadgar se había procurado aliados antes.

Al poco, la vigía bordeó un precipicio y salió a una meseta donde había una media docena de las de su clase.

Sí...

Gul'dan aguardó en la sombra, acumulando poder mientras la vigía a la que había seguido se unía al grupo. Solo podía oír fragmentos de su conversación.

—... caídos de la noche muertos...

—... barco hundido en el horizonte...

—... como ordenes, celadora Cantosombrío.

Gul'dan las miró detenidamente. Ese nombre le sonaba. ¿Dónde lo...? Ah, sí. Maiev Cantosombrío. La líder de Cordana, una figura temida. Si alguna vez se entera de mi traición, había dicho Cordana, tendré que suplicar un final tan rápido como el de Illidan.

Si pudiera matar a Maiev ahora mismo, sería una amenaza menos de la que preocuparse.

Preparó su emboscada, un virulento torbellino de muerte. No tendrían ninguna posibilidad. Ni siquiera sospechaban que estaba allí. Levantó las manos y...

—**ESCÓNDETE.**

La voz de Kil'jaeden atronó en su cabeza. Gul'dan casi se desplomó por su intensidad. Bajó las manos, olvidando la emboscada. —¿Qué...?

Entonces, lo oyó.

A través de la meseta llegaba el graznido de un cuervo.

Gul'dan disipó su ataque al instante, esperando angustiadamente que no lo hubieran sentido. Miró hacia arriba. El cuervo se lanzó en picado y, por un momento, Gul'dan creyó que lo habían descubierto.

Pero el cuervo se limitó a dar dos vueltas alrededor de la meseta y luego se abatió hacia las atentas vigías. En un abrir y cerrar de ojos, el cuervo se transformó, y el hombre que surgió avanzó con paso seguro.

Los ojos de Gul'dan emitieron un destello, apretando la mandíbula hasta sentir dolor.

—Hola, Maiev —dijo Khadgar, sacudiéndose una pluma del hombro.

—No recuerdo haber pedido que vinieras, archimago —dijo la líder con frialdad.

—No has perdido ni un ápice de tu legendario encanto —contestó Khadgar. Colocándose a su lado, habló en un tono demasiado bajo como para poder oírlo.

Gul'dan maldijo en silencio. —Debería acabar con ese idiota ahora —dijo.

—SON IRRELEVANTES. VETE.

—Puedo matarlos a todos.

—NO ESTÁS AQUÍ POR ELLOS. OBEDECE, GUL'DAN.

Khadgar estaba justo allí. Vulnerable.

En aquel momento, Gul'dan se planteó la traición. Era consciente de que unirse a la Legión Ardiente implicaba servir, y lo había aceptado. A cambio, había recibido un inmenso poder.

Pero no había sellado el pacto para ser un títere.

Había sometido a otros a obediencia ciega —y, de no haber sido por el estúpido hijo de Grommash Grito Infernal, habría sometido a muchos más—, pero ese no sería el destino de Gul'dan. No. Su destino era gobernar mundos para la Legión. Servicio, no esclavitud. «Y si la Legión no está de acuerdo, el pacto ya está roto», pensó Gul'dan.

Pero en este momento, la traición significaba la muerte. Había enemigos por todas partes. Este mundo era extraño y hostil. Gul'dan no sabía siquiera qué poder quería la Legión que consiguiera. Kil'jaeden lo tenía atado corto. Demasiado como para rebelarse.

Por ahora, Gul'dan interpretaría el papel de mascota obediente.

—Como tú digas, Kil'jaeden. —Se retiró lentamente.

—TU DESTINO ESTÁ AL ESTE. BUSCA UN MODO DE CRUZAR LA BAHÍA. YA NO TIENES TIEMPO DE RECORRER SURAMAR.

Gul'dan tuvo una idea. Dejó atrás a Khadgar y a las vigías y regresó a la costa del este. Allí, sobre los restos de un naufragio con las marcas de la Alianza, había un pequeño bote de remos. Estaba atado al barco por una solitaria sogas medio podrida. Con un tirón firme, el bote acabó sobre las suaves olas. Nunca había remado, pero no era complicado y tampoco tenía que ir muy lejos. Pronto puso la distancia suficiente entre él y la orilla —y Khadgar— como para dejar los remos y usar un método más agradable para avanzar. El bote dejaba una reluciente estela verde que, de vez en cuando, adornaba algún pez flotando panza arriba.

Kil'jaeden mantuvo a Gul'dan en el rumbo adecuado, y en menos de una hora apareció en el horizonte su destino. La isla era plana, pero había en ella una extraña estructura que acuchillaba el cielo. De cerca, se alzó imponente ante él. Un monumento. Una promesa. Chapiteles y baluartes dentados daban fe de su importancia. Fuera lo que fuese ahora, antaño había sido una auténtica fortaleza. Para penetrarla habría hecho falta una invasión superior incluso a la que la Horda de Hierro tenía planeada para este mundo.

¿Por qué abandonar un sitio así? Tal vez su momento había pasado. Pero Kil'jaeden tenía sus razones para traerlo aquí. No saber cuáles eran ponía furioso a Gul'dan.

¿Por qué abandonar un sitio así? Tal vez su momento había pasado. Pero Kil'jaeden tenía sus razones para traerlo aquí. No saber cuáles eran ponía furioso a Gul'dan.

A medida que se acercaba, se sentía incómodo. La isla le resultaba familiar. No era el paisaje; algo emanaba de ese lugar: un rastro de su propio poder, del poder del otro Gul'dan de hacía décadas. Ya no le cabía duda: había estado allí antes.

El casco podrido del bote de remos se hizo añicos cuando Gul'dan lo hizo encallar en la inhóspita orilla. Recorrió a pie el resto del camino hasta la misteriosa tumba, donde sintió la magia ignota de quienquiera que hubiera sellado la entrada. Había barreras físicas de piedra y metal encantado, así como una serie de cerraduras y puertas arcanas ocultas, pero aquello no suponía un problema. Gul'dan comenzó a urdir su magia vil en pautas complejas, desmantelando cada obstáculo con facilidad.

—¿Qué hay dentro? ¿Guardias? ¿Trampas? —preguntó Gul'dan.

—TU PROPÓSITO.

Gul'dan se detuvo. Aquella respuesta no se la esperaba. —¿Qué quieres que haga?

—NOS ABRIRÁS EL CAMINO.

Gul'dan no comprendía.

—Ya lo intentamos en Draenor. —Había supuesto un esfuerzo considerable. Y todo, para nada.

—ALLÍ QUISISTE ABRIR EL CAMINO POR TI MISMO. AQUÍ TAN SOLO DEBES GIRAR LA LLAVE. ENTONCES CONOCERÁS NUESTRO AUTÉNTICO PODER.

Cayó otra barrera, pero esta tenía trampa: docenas de lanzas forjadas en fuego y poder Arcano saltaron hacia Gul'dan. Este hizo un gesto distraído con la mano y se esfumaron. Sus pensamientos estaban en otra parte.

—Esto es lo que el otro Gul'dan tenía que hacer. ¿Qué ocurrió?

—NO CUMPLISTE CON TU PROPÓSITO.

—No era yo —gruñó.

—YA LO VEREMOS.

—¿En qué falló?

—DESLEALTAD.

Gul'dan no podía fiarse de nada de lo que el Impostor le dijera. Tal vez aquí, como en Draenor, fuera la Legión la que fracasó.

«Pero, por algún motivo, me han traído aquí dos veces». Algo allí dentro era tan poderoso que ni la muerte podía apartar a Gul'dan de su destino. Tal vez ese destino coincidiera con los planes de sus amos. O tal vez no.

La idea despertó una sonrisa en Gul'dan.

La última defensa en la entrada de la tumba quedó anulada. Gul'dan voló la puerta con enorme estruendo. Ahora tenía que actuar deprisa: el ruido habría llamado la atención.

—Guíame, Kil'jaeden —dijo Gul'dan—. Lo conseguiré.

Se adentró en la oscuridad de la Tumba de Sargerás. Era evidente que el sitio era inmenso, con innumerables corredores que se hundían en las profundidades. El peso de la magia milenaria y de los destinos de las almas de este mundo caía sobre él. Avanzó arrastrando los pies tan rápido como pudo. Ya no hacía falta que Kil'jaeden le metiera prisa, pues Gul'dan estaba ansioso por descubrir los secretos de la tumba. El poder que hubiera en su interior pronto sería suyo.

No de la Legión. Suyo.

©2016 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados. Legion es una marca comercial, y World of Warcraft, Warcraft y Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. y/u otros países.